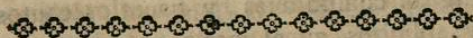


y manifiesta guerra. Pero aún vela con misericordia sobre nosotros el Custodio de Israel (a).

Imprimo por ahora dos tomos solamente; y si hallaren favorable acogida en el público, seguiré trabajando con teson algunos otros que pueden prontamente salir á luz. Si los lectores, á quienes corresponde, no los hallaren dignos, me consolaré con que no son los primeros libros inútiles que fatigan las prensas, y fastidian después á los literatos. Ruego pues que á lo menos se aprecien mis buenos deseos de servir á la religion, y á la patria, y protesto con sinceridad de ánimo delante de Dios y de los hombres, que todo lo contenido en estos tomos lo sujeto á la correccion de nuestra santa madre la iglesia, católica, apostólica romana, y al juicio de los verdaderos sábios. VALETE.

Idib. Mart. MDCCLXXVIII.

(a) Ps. 120. 4.



SERMON

DE DESAGRAVIOS

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

predicado en la parroquial de Santiago de la ciudad de Granada.

Quicumque enim manducaverit Panem hunc, vel biberit Calicem Domini indignè, reus erit Corporis, & Sanguinis Domini. I. Cor. II. 27.

Qualquiera que comiere este Pan ó bebiere indignamente el Cáliz del Señor, será reo de su Cuerpo y Sangre.

Asi habla, gravísimo congreso, sábios y piadosos oyentes, así habla San Pablo á los Corintios, queriéndoles infundir un horror saludable á las in-

dignas comuniones, y hacerlos cautos y solícitos en el modo de prepararse á recibir el adorable Sacramento de nuestros altares. Y entrando yo en el mismo pensamiento del apóstol, quisiera por medio de sus palabras turbar esta funesta calma que adormece á muchos cristianos profanadores de esta sagrada mesa, y que incurren con frecuencia en semejante crimen. Porque en vano, señores, confesémoslo de buena fé, en vano miráramos hoy con justa indignacion la impiedad de los hereges de Holanda é Inglaterra, que á principios de este siglo profanaron nuestros templos, injuriando á Jesucristo Sacramentado, cuyo agravio es el objeto lúgubre de nuestras lágrimas en la presente solemnidad, sin volver esta justa indignacion contra nosotros mismos, que cometemos diariamente iguales ó mayores crímenes que los hereges, impios y libertinos. Tales en efecto juzgo los de estos hombres temerarios que injurian á la Magestad de

su Dios, haciendo el uso mas profano del misterio mas sagrado. Tales juzgo, repito, los de estos hombres sacrílegos, que reiteran en su corazon el crimen detestable del judaismo contra Jesucristo. Tales, finalmente, juzgo los de estos hombres impios que atraen sobre sí, y atesoran la cólera de Dios, devorando su propio juicio en este augusto Sacramento.

No será pues fuera de propósito formar la acusacion de semejantes monstruos del cristianismo, que ni atienden á la Magestad que ofenden, ni á la infelicidad en que incurren. ¿Porqué no los colmaré, ó mi Dios, y cubriré de anatemas? ¿Ó porqué no les intimaré en tiempo su terrible sentencia, antes que sean sorprendidos en vuestro juicio, y destinados á un oprobrio eterno? Así, ¡ó Dios inmortal! pretendo vindicar vuestra causa, y turbar esta funesta calma que aturde á los mortales menospreciadores del Sacramento de vuestro amor. Encended,

os ruego, mis palabras, y el corazón de mis oyentes, para que se renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Así os lo pedimos confiados en la poderosa protección de vuestra augusta Madre y nuestra María Santísima. *Ave María.*

Quicumque enim &c.

La enormidad de un agravio se debe, señores, computar, ya por la dignidad de la persona ofendida, ya por las circunstancias que intervienen en la ofensa. A uno y otro respecto juzgo que no hay mayor agravio que el que se comete contra nuestro adorable Redentor Sacramentado. En efecto, si atendemos á la Magestad agraviada, ¿quánto podría yo extenderme presentándoos los gloriosos títulos que le caracterizan? Mas como tengo la singular satisfacción de hablar á unos

oyentes tan instruidos en materia de religion, no juzgo necesario detenerme mucho en manifestar la elevacion de Jesucristo, para convenceros del incomparable crimen del que peca contra el Sacramento de su amor. Basta excitar algun tanto vuestra fé, para ser persuadidos que el agraviado en estas circunstancias es aquel augusto Personage, á quien los profetas vieron sostener con tres dedos toda la masa de la tierra, pesar los montes, y poner límite con su precepto á las aguas, extender como un hermoso pavellon los cielos, y mantener en equilibrio las montañas: aquel Dios prometido y deseado desde el principio del mundo, representado en Abél, víctima de la envidia de su hermano: en Henoc elevado sobre los cielos para volver sobre la tierra al fin de los siglos: en Noé formando el arca de su iglesia, fuera de la qual debian todos perecer en el diluvio universal del pecado: en Abraham, este xefe de los

verdaderos creyentes : en Isaac llevando sobre sus hombros la leña para el sacrificio : en Melchisedech , sacerdote de Dios altísimo , ofreciendo á su Padre celestial el sacrificio de pan y vino por la salud del hombre : el Soberano , digo , de la naturaleza , cuyo trono es mas brillante que el astro de la mañana , y desde el qual , segun David , debia algun dia pisar la dura cervíz de sus enemigos. Basta , repito , excitar en vuestra memoria , que el ofendido es aquel Dios grande á quien vió el real profeta alzado Monarca sobre la montaña santa de Sion , exerciendo su dominación de uno á otro mar , desde el Oriente al Occidente , desde el Aquilon al Mediodia , recibiendo homenages de todos los soberanos , de todas las naciones , de todos los pueblos ; aquel Dios inmortal , á quien Isaías vió nacer de una Madre Virgen , destinado á ocupar un trono celestial ; aquel á quien Daniel vió acercarse al mas anciano de los

dias , y recibir de su mano una potencia eterna , y un reyno inmutable compuesto de todas las naciones del mundo ; aquel , á quien vió S. Juan sobre sus vestidos y sobre su persona misma el glorioso título de Rey de reyes , Señor de los que dominan ; aquel , cuyo soberano imperio reconocido por S. Pablo exclama lleno de admiracion : ; ó mi Dios ! habeis puesto baxo sus pies todas las cosas , dándole un nombre superior á todos los nombres , á quien se deben todas las adoraciones del cielo y de la tierra , á cuya presencia tiemblan y se estremecen todos los abismos , y en cuyo nombre augusto solo puede el hombre ser salvo : aquel , cuya voz formidable destronca poderosamente los cedros del Líbano , conmueve los desiertos de Cadés , y destruye á los fuertes y robustos de Moab : el Dios triunfador del Faraon de los egipcios , del Baal y Astarot de los samaritanos , de la Astarote de los sidonios , del Moloch de los

amónitas, del Dagón de los filisteos, de la Diana de los efesios, del Júpiter de los griegos y de los romanos, del Confucio de los chinos, del Endobelico y Salambona de nuestros antiguos españoles: el Verbo Eterno humanado, para decirlo de una vez, Jesucristo único Hijo de Dios, no por adopción sino por naturaleza; no por la dignidad de su ministerio, sino por la de su persona; no por una simple semejanza, sino por una verdadera igualdad; no por una simple igualdad de afecto, sino por una verdadera igualdad de esencia: Dios verdadero de verdadero Dios, luz de la luz, una sola Persona, y sin confusión dos naturalezas, consustancial al Padre según la divinidad, inferior á los ángeles según la humanidad, nacido según ésta en tiempo de una Madre Virgen; engendrado, según aquella, por su Padre desde la eternidad en el esplendor de los santos. En una palabra, nuestro divino Salvador Jesucristo,

que no contento con habernos redimido de la cautividad de la culpa á costa de su preciosa Sangre, quiso á esfuerzos de su amor quedarse Sacramento entre nosotros hasta la consumación de los siglos: hé aquí el augusto Personage á quien agraviaron en nuestro caso los hereges, y á quien diariamente agravian los malos cristianos con sus indignas comuniones.

Por mas enorme que os parezca este crimen, atendida la dignidad de la persona ofendida, le agravan las mismas circunstancias. Para hacerlos esta verdad sensible basta reflexionar algun tanto que la ingratitud es la mayor ofensa que podemos cometer contra Jesucristo, pues este vicio pervierte la religion y destruye la gracia: es un viento abrasador, como le nombra S. Bernardo, que deseca la fuente de la piedad, el rocío de la misericordia, los rios de la benignidad; cuya sola consideración, según un padre antiguo de la iglesia, hizo que Jesucristo

pidiese á su Padre Celestial, sudando gotas de sangre, apartára de sí un tal cáliz. Y á este respecto yo no dudo afirmar que no hay mayor ingratitud que la que se comete contra Jesucristo en el Sacramento de su amor: pues como afirma Santo Tomás, la ingratitud es mas enorme, á proporcion que Dios se ha dignado humillarse y acercarse al hombre por el comercio y comunicacion de las cosas sagradas; porque en este caso la Magestad Suprema siente mas de cerca los ultrajes que se le hacen, y las saetas del pecador van en cierto modo mas derechas contra el Señor.

Con arreglo pues á estos principios, ¿dónde mas humillado Jesucristo que en este adorable Sacramento? En su Encarnacion le vemos humillarse ocultando la divinidad baxo la forma de un esclavo; mas en la Eucaristía se abate ocultando su divinidad y su humanidad baxo las especies de pan y vino. En su Nacimiento fue anun-

ciado por un ángel á los pastores, y una estrella milagrosa conduxo á los Magos á su cueva. En su vida mortal hizo manifestacion de su potencia en la curacion de los enfermos y en la resurreccion de los muertos. En su muerte concurre á manifestar su divinidad toda la naturaleza. Mas aqui ni se descubre vestigio de divinidad ni de humanidad. Está vivo, pero sin movimiento como un muerto. Aqui, gran Señor, sois verdaderamente el Dios escondido, que anunció á los mortales Isaías. Nada manifestais de lo que sois en medio de tanto abatimiento.

Por otra parte, Señor, ¿dónde Jesucristo mas cerca de nosotros que en un Sacramento instituido para darnos su Cuerpo y su preciosa Sangre? Avivad vuestra fe por un momento. Dándonos este Cuerpo, esta Sangre adorable, nos comunica al mismo tiempo su alma, su persona, su divinidad; pues siendo estas cosas entre sí

inseparables , no pudo darnos una sin darnos las demas. ; Qué magnificencia de un Dios con sus criaturas! ; Qué union entre nosotros y Jesucristo! Si este Señor de bondad hubiera dado permiso al hombre para que le pidiera quanto quisiese, ¿hubiera osado éste llevar tan lejos sus esperanzas? Ni aun Dios podia hallar en sus tesoros , siendo inestimables é infinitos, cosa mejor que darle. Siendo tan rico, no tuvo que darnos mas : siendo la Sabiduría por esencia , no supo darnos mas ; ni pudo darnos mas, siendo Omnipotente. ¿Pero qué mas que dársenos á sí mismo en alimento? Avergonzaos aquí , Asueros , Baltasares y Calígulas , á presencia de la liberalidad de Jesucristo. Vosotros bien pudisteis hacer una vana ostentacion de vuestros tesoros en suntuosos banquetes , y en ofrecer estímulos á la gula, mas no daros en alimento á vosotros mismos , como lo executa con nosotros nuestro adorable Salvador por me-

dio de este agosto Sacramento.

Reflexionad sobre este gran beneficio. Jesucristo es nuestro alimento, y por medio de él venimos á ser una misma cosa con Jesucristo , nos incorporamos con Jesucristo , y venimos en cierto modo á quedar deificados. Jesucristo es nuestro alimento, y por este medio habita en nosotros mismos. ¿Habrà pues nacion tan privilegiada y á quien tanto se hayan acercado los dioses , segun la expresion de Moysés , como la nuestra? Jesucristo , que en su nacimiento se hizo nuestro Hermano , en su vida nuestro Maestro y nuestro Médico , en su muerte nuestra santificacion y redencion , en su Ascension nuestro Abogado , en el descenso de su Espiritu nuestra fortaleza , en su gloria nuestra recompensa ; ¿no es en la Eucaristía , por un exceso de su amor, nuestra vianda y alimento? Vínculo tan estrecho , que con él muda Jesucristo en sí mismo al que le recibe

en gracia , como S. Agustin se explica : comida sacratísima , como exclama S. Gerónimo , por medio de la qual se hace Dios , en cierto modo , el que la recibe con pureza. Á tal extremo de abatimiento y de union con el hombre pudo reducirle su amor.

Despues de tan urgentes motivos de veneracion , y de estímulos tan poderosos de gratitud ácia este Dios Hombre , enamorado de nuestras almas , y que ha mirado como sus delicias habitar y permanecer con nosotros hasta la consumacion de los siglos ; ¿quién podria persuadirse hubiese hombres tan desnudos de toda religion y piedad , que osasen ultrajar á este Dios de Magestad en el Sacramento de su amor ? No hablo solamente de aquellos hereges é impíos , que atropellando los derechos inviolables de la humanidad , el civil , político y de gentes , y todo lo mas sagrado que protege el pudor entre naciones cultas , llevaron su furor á

principios de este siglo al exceso de profanar el santuario , haciendo de las iglesias establos , conculcando y despreciando al Excelso sobre todas las gentes , sin temer el castigo de los Antíocos y Heliodoros. Hablo principalmente de los malos cristianos , que con sacrílego atentado é inaudita perfidia no dudan acometer al Redentor en este santo asilo , donde le posee la iglesia como su único tesoro.

¿Vendo yo fábulas , señores ? ¿ Hablo de los Gnomos , de los Sylphios , de los soñados habitantes de la luna , ó describo puntualmente lo que pasa con frecuencia entre nosotros ? ¿ Ah ! si en el momento que aquí hablo revelára Dios nuestro interior , como lo hará en el Juicio universal , ¿ no se harian manifiestas las veces que tú , ¡ ó pecador sacrílego ! has insultado á Jesucristo , sin respetar el esplendor de magestad que le rodea , haciendo una especie de violencia á su Cuerpo mismo , y arrancándole en cierto mo-

do del sagrado de su tabernáculo para unirle á los miembros de un cuerpo profanado por la culpa; á un alma impura, toda mundana y llena de hediondez? Se manifestaría, repito, una caterva de animales inmundos, que rodean, como dice el Crisóstomo, la mesa del Señor, haciendo comercio de abominacion, y llevando la desolacion hasta el lugar santo. Se veria con horror una tropa innumerable de cristianos concurrir á porfia á prolongar su iniquidad, renovando diariamente en este Sacramento el ultraje una vez cometido contra el Salvador en medio de la Judéa. ¿Qué de Judas vendiendo á su Maestro, y haciéndole traicion por el vil precio de una pasion favorita? ¿Qué de Pilatos faltando á la equidad y á la justicia, y condeñando la inocencia por vanos respetos ó por el miedo de desagradar á los grandes? ¿Qué de fariseos y escribas hablando en tono de oráculos de la pureza del culto, de la disciplina mas

severa, de la reforma de costumbres, sin proponerse jamas reformar las suyas? ¿Qué de Herodes no llegan á esta mesa, tratando al Salvador á lo burlesco, despreciando con sus obras el evangelio, el santuario, sus ministros, el culto, la religion y la piedad? ¿Qué numerosa chusma de ministros de satanás renovando la crucifixion y el deicidio con sus indignas comuniones?

Pluguiese á Dios fuese un falso profeta en esta parte, como deseaba en otro tiempo Miquéas, y que mis palabras fueran solo meras declamaciones. Pero vos, Señor, me mandais lo diga, y nada añadiré á vuestros oráculos. Como es de fe que estais real y verdaderamente sobre nuestros altares en el Sacramento y Sacrificio de vuestro Cuerpo y Sangre, igualmente lo es que el pecador que os recibe indignamente baxo estas especies sacrosantas es real y verdaderamente, aunque de un modo místico, vuestro agresor y deicida;

pues recibiendo vuestro Cuerpo sin tener vuestro espíritu, separa quanto es de su parte uno de otro, haciéndoos sufrir una especie de separacion violenta en la union de vuestro Cuerpo vivo á un alma muerta por la culpa. Vos ¡ó mi Dios! morís deshonrado y crucificado en un corazon todo mundano, todo impío, todo impenitente, todo incircunciso, todo sacrílego, que por medio de un tal crimen viene á ser reo de vuestro Cuerpo y Sangre, como afirma S. Pablo.

Asi os tratan, Señor, vuestros discípulos, vuestros hermanos, vuestros hijos, á quienes redimisteis á costa de vuestra Sangre preciosa de entre las iras del dragon infernal. Tal es la gratitud de vuestra generacion escogida, de vuestro real sacerdocio, de vuestro pueblo de adquisicion, de vuestra gente santa, como llama S. Pedro á los cristianos: tal es la correspondencia de los que habeis llamado á vuestra luz admirable, segregándolos de la

masa de perdicion y de tinieblas, consagrando los miembros de vuestro Cuerpo para que sean una misma cosa con vos, como vos lo sois con vuestro Padre Celestial. ¿Son estas las delicias que os prometiais entre los hombres? ¿O son estos los frutos con que habeis correspondido vosotros, viña escogida del Señor? ¿Se quita asi la vida al heredero de la viña?

¡Asombraos, cielos! exclamaré aqui con Jeremías, á presencia de semejante ingratitude; y estremeceos vosotros, católicos, á vista de las funestas y eternas consecuencias que trae consigo un tal crimen. ¿Os anima por ventura en vuestra perfidia este adorable silencio que observa Jesucristo sobre el trono de su misericordia? ¿Le crucificais sin temor recibéndole indignamente, porque no se presenta sobre el altar como sobre el monte Sinaí en medio de fuego, relámpagos y truenos? ¿Ignorais que el Cordero de Dios, á quien de nuevo sacrificais, se convertirá un dia

en Leon de Judá para devoraros? ¿No sabeis que el arca de esta nueva alianza, que colma de prosperidades la casa de Obededon, donde es respetada, lleva consigo el terror, la muerte y la desolacion al campo de los filistéos que la deshonran? ¿Despreciáis los tesoros de su bondad porque se muestra misericordioso con vosotros? Oid no sin estremecimiento al apóstol S. Pablo, cuyas palabras son otros tantos rayos: *el que come el Cuerpo y bebe la Sangre de Jesucristo indignamente, come y bebe su propio juicio.*

Este divino oráculo no pronunciado en vano ni por casualidad, es una sentencia terrible, que debe hoy turbar nuestro corazon. Pueblo mio, os diré aqui con Isaías, el que os lisonjea, el que os llama feliz, ese os engaña. Este Pan adorable que habeis tantas veces profanado, esta preciosa Sangre que habeis asimismo despreciado, es un mortal veneno, que incorporado

con el pecador, penetra sus íntimas médulas, y convertido en su propia substancia le cubre de un mortal oprobrio, marcando en ella el sello de infelicidad y de reprobacion. De aqui la denegacion de gracias ulteriores: de aqui la desolacion y turbacion del alma: de aqui las tinieblas espesas que ofuscan el espíritu: de aqui la rebeldía del corazon: de aqui la timidéz y la tristeza que oprime á los sacrílegos: de aqui la ira, el ódio y la venganza contra los verdaderos hijos de Dios: de aqui insensiblemente separacion de su culto, de su evangelio y su moral: de aqui la indolencia y el tédio á lo sagrado: de aqui la blasfemia, la maldición, la desesperacion y el despecho, como otros tantos Judas y Caínes. Sí, señores, del templo de Dios vivo, que somos nosotros, profanado con las indignas comuniones, sale la voz con que la malicia del hombre ultraja diariamente á su Salvador.

¡Qué metamórfosis tan extraña ver salir la voz de la impiedad del santuario destinado por Dios para que resonase en sus alabanzas! ¡Ver, repito, convertido al hijo en agresor, al Médico en Juez, á la medicina en veneno, al Pan de vida en pan de muerte, al precio de la redencion en terrible juicio de condenacion! Asi conviene ¡ó mi Dios! á la justificacion de vuestra causa, á la reparacion de vuestro honor, y en castigo de nuestra ingratitude. Llegará un dia en que todos vuestros profanadores sean confundidos, y exterminados vuestros enemigos, cubiertos de maldiciones los que declinan de vuestros mandatos, anatematizados los que no os aman, y llenos de ignominia los que menosprecian el Sacramento de vuestro amor, el vínculo adorable de vuestra union y enlace con los hombres. Levantaos, Señor, juzgad vuestra causa, reparad ya vuestro honor. Si vuestros santuarios estan conculcados y contaminados, renovad en

ellos vuestra gloria. Efraim parece haber multiplicado sus altares para pecar, erigiendo aras para multiplicar crímenes, segun la expresion de Oseas; esto es, multiplicando comuniones para multiplicar sacrilegios.

De vosotros hablo, cristianos de ceremonia, los que habeis deshonrado tantas veces vuestra profesion, ultrajando esta sagrada mesa, reiterando en ella los oprobrios de Jesucristo sobre el Calvario, é incurriendo por medio de este crimen en el terrible juicio de vuestra reprobacion. Sacudid, os ruego, esa indolencia que os aturde. Dios no será burlado, ni vosotros podeis evitar su terrible juicio, y su venida á envolveros en el fuego de su furor. Tiempo es ya de reparar los agravios con que le habeis ofendido: tiempo es de borrar con el dolor la cédula de reprobacion que habeis grabado en vuestras almas tantas veces: tiempo es de enxugar de vuestras cabezas esta preciosa Sangre derramada,

que pedirá venganza contra vosotros algun dia con mas justa razon que la de Abél: tiempo es de acercarse á este trono de gracia y de misericordia antes de ser sorprendidos en su ira; y enlazando el fin con el principio, tiempo es ya de reparar por medio de vuestro amor y vuestras lágrimas, con vuestra humillacion y compuncion, el honor de vuestro Dios ultrajado por la perfidia de los hereges y por la impiedad de los malos cristianos. Este es el homenaje que la iglesia pide de vosotros quando expone á Jesucristo á la pública veneracion en el Sacramento de nuestros altares. Entrad, os ruego, en los sentimientos de esta piadosa madre. Pide adoraciones, exíge nuestro amor para su Esposo. ¿Cómo podremos nosotros rehusar esta obligacion substancial de nuestra profesion, principalmente siendo tan digno este Cordero de Dios, que está sobre el trono, de recibir la divinidad, la potencia, la virtud, la fortaleza, el honor, la alabanza y las ben-

diciones de todas las criaturas del cielo y de la tierra? Exclamad pues conmigo, que sea universal y eternamente alabado y glorificado por los siglos de los siglos. Amen.

